



### CAPÍTULO III

En que se refieren otros pormenores de la educación de las niñas Pomposa  
y Pudenciana

Cada instante tenía yo con que divertirme y que notar en la diferencia de dos educaciones dadas á un tiempo, en una misma casa y á dos niñas iguales en edad y parentesco. Escribir todo cuanto advertí sería un trabajo demasiado prolijo y fastidioso, á más de que es imposible acordarme de cuanto pasó entonces para contarle ahora con la misma exactitud, y así nos habremos

de contentar con referir lo que me pareció más notable, y por lo mismo aún lo conservo en la memoria.

Cada familia de estas dos gobernaba su casa y educaba á sus hijos á su modo. La niña Pomposita fué enviada á la amiga bien temprano, según se dijo, y la niña Pudenciana permaneció en su casa hasta los cinco años cumplidos, en cuyo tiempo la puso el coronel al cuidado de una señora que unía á sus finos principios un talento no vulgar, una virtud sólida y un carácter propio para aya ó maestra de niñas.

Tenía pocas, porque sabía que el cuidado repartido entre muchos discípulos ó educandos tocábales á nada, y vale más educar y enseñar bien á diez que mal á veinte. Con esta bella máxima estaba en continua observación sobre sus pocas discípulas y no les perdía movimiento, cuya eficacia era causa de que ellas le tuvieran mucho respeto y cometieran menos faltas.

Para enseñarlas jamás empleaba el rigor ni la dureza. Su carácter, entre serio y afable, era propísimo para inspirarles amor, confianza y respeto. Las niñas, tratadas con método tan suave, pocas veces dejaban de corresponder á los deseos de esta buena señora, quien no las hacía estar sentadas muchas horas sino en castigo de su pereza, y esto no siempre. Por ejemplo, decía á las niñas:—En cuanto sepan la lección ó acaben su labor se van á jugar hasta que sea hora de rezar.—Con esto se

apuraban las niñas para concluir su tarea, para disfrutar cuanto antes del asueto, y la que no se aplicaba tenía que estarse sentada con la maestra hasta que aprendía la lección.

Ya se deja entender por este castigo, que allí no se conocía el azote ni la palmeta para nada; mucho menos había la pésima costumbre de picar á las niñas con las agujas ni lastimarlas con el dedal cuando por falta de aplicación ó de talento no hacían bien la labor. El estilo serio enojado que la maestra usaba con las desaplicadas en este caso era un castigo suficiente y las más veces eficaz para las niñas, pues no estaban acostumbradas sino á ser tratadas con dulzura.

Otra máxima recomendable observaba, que debería admitirse en las amigas por todas las maestras, y era no recibir niños en su escuela, porque decía que tenía mucha experiencia de las malas resultas que trae la mezcla de los dos sexos, aun en los tiernos años; que había advertido por esta causa hechos maliciosos en criaturas de cinco y seis años, que contados se harían increíbles para los que no conocen la depravación de nuestra naturaleza espoleada con el mal ejemplo, y por último, decía que las maestras que tienen esta mezcla deben ser demasiado vigilantes y prevenidas, porque tienen sobre sí una responsabilidad muy grave; lo mismo que los padres que, advertidos de estos inconvenientes,

envían á sus hijos á semejantes casas, especialmente á las niñas, en cuya educación ningún pudor es nimio.

Tal era la conducta y modo de pensar de la maestra á cuyo cuidado fió el coronel la enseñanza de su hija Pudenciana.

Fácil es concebir el trabajo que le costaría hallarla, porque de estas maestras no hay abundancia. Pero ¿qué trabajo no se debe emprender para que se eduquen los hijos dignamente?

Se ha dicho que doña Matilde era una buena casada, y por lo mismo jamás se oponía á la voluntad declarada de su esposo. Sin embargo, no le pareció muy bien que se pusiera tan tarde su hija á la amiga y no dejaba de darle sus piquetitos.

Me acuerdo que un día le dijo: — ¡Si vieras qué gracias de Pomposita! ya sabe leer muy bien y la doctrina que es un portento. ¡Ya se ve! como fué á la amiga á buen tiempo... Si mi hija hubiera ido entonces, ya sabría tanto ó más; pero tú eres su padre y sabes lo que haces.

El coronel la entendió, y sonriéndose le dijo: — ¡Qué cándida eres, hija! ¡qué engañada estás! ¿Conque piensas que porque tu sobrina está dos ó tres años hace en la amiga antes que tu hija sabe mucho y lo sabe bien? ¿Crees que nuestra Pudenciana ha perdido el tiempo y no sabe nada? Pues te engañas. ¿Qué dijeras si yo te

probara que tu sobrina no ha aprovechado cosa y que en puntos de doctrina tu hija sabe más que ella, aunque la otra sabe de memoria el catecismo del padre Ripalda, de principio á fin y tu hija nó?

—Yo me sorprendería, decía Matilde, porque no concibo cómo una niña que ha estado en la amiga tres años hace sepa menos que otra que lleva ocho días de escuela.

—Pues no es un arcano, respondió el coronel; lo que no se aprende bien nunca se sabe bien, y más vale ignorar una cosa del todo que saberla mal; porque el que aprende mal, tiene dos trabajos cuando quiere aprender bien; uno es saber bien lo que le enseñan y otro olvidar lo que aprendió mal; esto cuesta mucho trabajo, pues lo que se imprime primero, especialmente en la niñez, con dificultad se olvida.

Conforme á estos principios inconcusos, ya verás que poco ó nada sabe tu sobrina y que ningunas ventajas lleva á tu hija, pues ésta dentro de un año ó menos sabrá leer bien y aquélla jamás, si no olvida antes leer mal, lo que es tan difícil como pesado, porque se dobla el trabajo.

Por lo que toca á la doctrina cristiana, ya desde ahora sabe más Pudenciana que Pomposita. Es verdad que aquélla sabe el catecismo de memoria; pero no lo entiende, y nuestra hija tiene ideas más perfectas y mejor concebidas de su religión, aunque nada sabe

como el loro. ¿No le has preguntado quién es Dios y cuáles son sus atributos? ¿dónde está? ¿qué le debe? ¿quién es ella y en qué se diferencia del pájaro, del perro y de otro cualquiera bruto?

—En verdad, dijo Matilde, que no he tenido esa curiosidad, sin embargo de que te he visto algunas veces divertido en enseñarla; pero como estoy satisfecha de que ni sabe leer ni va á la amiga á oír rezar, pensé que no podía aprender muy fácilmente nada de esto.

—Pues te has engañado medio á medio, dijo el coronel. Pudenciana me ha entendido, porque yo me he sabido dar á entender con ella, usando voces, frases y comparaciones propias y perceptibles á su edad... Mas ella viene; quiero que te desengañes. Vén acá, mi alma, oye: dice tu mamá que piensa que no sabes la doctrina, ó que se te ha olvidado, y para que lo crea, dile quién es Dios.

—La Santísima Trinidad, dijo la niña, y la Santísima Trinidad se llama Padre, Hijo y Espíritu Santo, que aunque son tres personas, no son más que un Dios, y este Dios es un Señor muy santo, muy bueno, muy lindo, y...

—Sí, sí, dijo su padre interrumpiéndola; pero tu mamá quiere que le expliques cómo es eso de que la Santísima Trinidad es un solo Dios, aunque tiene tres personas. —¿Pues no me has dicho, papá, que así como

tu casaca tiene dos mangas y el cuerpo, y no son tres casacas sino una no más, porque las tres cosas distintas todas son de un mismo paño y tienen un mismo uso y un mismo tiempo, á este modo puedo medio entender que aunque en la Santísima Trinidad hay tres personas distintas, no son más que un solo Dios, porque todas son de un mismo tiempo, de una misma voluntad y de una misma esencia, así como las piezas de tu casaca son distintas, pero iguales en el paño? ¿No me has dicho esto, papá?—Sí, hija, eso te he dicho, y me has entendido bien. Mas ahora dime: ¿Qué cosa es Dios, que por otro nombre se llama Santísima Trinidad?

—¿Ya no dije, papá, respondía la niña, que es Dios un Señor muy bueno, muy poderoso, muy sabio y muy lindo?—¿Y de qué tamaño es Dios?—¡Oh! tú me has dicho que no tiene medida, que en todas partes está, que todo lo llena, y que es así como la luz que lo llena todo, y que el cielo y el mundo y yo y todo estamos como dentro de Dios, así como estamos dentro de la luz.—Pues dime, seguía su padre, ¿aquí cuántos estamos?—Cuatro, decía la niña; Dios, mamá, tú y yo.<sup>1</sup>

Hízole un cariño su papá, la despidió á jugar, y dijo á Matilde:—Yo no he querido mortificarla con hacerle

<sup>1</sup> Cuando Diderot no deliraba en asuntos de religión, decía: —«Si yo educara á un niño, le daría infinitas señales indicativas de la presencia de la Divinidad; si hubiera una tertulia en mi casa, lo acostumbraría que dijese siempre: Estamos cuatro: Dios, mi amigo, mi director y yo.»—De estas máximas se valió el coronel, y se pueden valer otros padres de familia para el mismo fin.